EL CAMINO DE LAS ÁGUILAS

ROBERT E. HOWARD

El navío derrotado en la batalla naval se balanceaba sobre las aguas de color carmesí. A un tiro de flecha del barco, el vencedor se alejaba lentamente en dirección a las escarpadas montañas que se alzaban junto a las aguas azules. Aquella era una escena corriente en el mar de Vilayet durante el reinado del rey Yildiz de Turan.

El barco que iba a la deriva era una galera de guerra de Turan, y por sus características podía advertirse que era un navío gemelo del otro. En el barco vencido, la muerte se había cobrado un fuerte tributo. Por todas partes había cadáveres: en la elevada popa, sobre la destrozada borda, en la pasarela central y en los bancos rotos de los remeros.

Los sobrevivientes se encontraban apiñados en la popa. Eran treinta hombres cubiertos de sangre, pertenecían a diversas nacionalidades: había kothios, zamorios, brithunios, corinthios, shemitas y zaporoskos. Parecían salvajes, y muchos de ellos tenían marcas de látigos o de hierros candentes. Casi todos iban semidesnudos, pero las ropas multicolores que vestían eran de buena calidad, a pesar de estar manchadas con brea y con sangre. Algunos tenían la cabeza descubierta, mientras que otros llevaban cascos, gorros de piel o turbantes hechos de tela. Algunos usaban cotas de malla, otros, en cambio, iban desnudos de la cintura para arriba, enseñando sus musculosos brazos y los hombros bronceados por el sol. Las piedras preciosas brillaban en sus pendientes y en las empuñaduras de sus dagas. Tenían las espadas desenvainadas y sus ojos oscuros reflejaban inquietud.

Estaban de pie alrededor de un hombre más alto que los demás —casi un gigante—, con abultados músculos. Una melena negra enmarcaba una frente ancha y sus ojos ardían con un volcánico fuego azul en el rostro oscuro cubierto de pequeñas cicatrices.

Aquellos ojos miraban ahora hacia la orilla. No se divisaba puerto o población alguna en aquella solitaria costa situada entre Khawarien, extremo meridional del reino turanio, y su capital, Aghrapur. En los márgenes se alzaban unos montes cubiertos de árboles que, al prolongarse en la distancia, se convertían en los montes Colquios, sobre cuyas cumbres nevadas brillaba el sol poniente con un resplandor rojizo.

El hombre contempló la galera que se alejaba lentamente. Su tripulación se sentía afortunada de haberse librado de las garras de la muerte, y se dirigían a una cala que se abría al pie de los montes, entre elevados acantilados. Desde la popa, el capitán pirata todavía divisaba una silueta de gran estatura en cuyo casco se reflejaba la luz del sol. Recordó las facciones de aquel hombre, entrevistas durante el frenesí de la batalla: nariz de halcón, barba negra y oscuros ojos rasgados. Era Artabán de Shahpur, hasta hace poco el azote del mar de Vilayet. Un delgado corinthio dijo de repente:

—Por poco acabamos con ese demonio. ¿Qué haremos ahora, Conan?

El gigantesco cimmerio se acercó a uno de los cabos del timón y dijo al hombre que había hablado:

—¡Ivanos, toma el otro cabo junto con Hermio! Medius, llévate a tres hombres contigo y comiencen a disminuir el agua. Los demás, cúrense las heridas y luego doblen sus espaldas sobre los remos. Arrojen por la borda todos los cadáveres que puedan, a fin de hacer sitio.

—¿Piensas seguir a la otra galera hasta la cala? —preguntó Ivanos.

—No. Nuestra nave hace agua a causa de la brecha que nos abrieron con su espolón, y no podemos arriesgarnos a iniciar otra batalla. Pero si remamos fuerte, podremos hacerla varar junto a aquel promontorio.

Con gran esfuerzo lograron acercar la galera a la costa. El sol se ponía; una bruma azul se cernía sobre las aguas oscuras. El barco enemigo desapareció en el interior de la cala. Cuando la galera de los piratas varó en la playa de arena y grava, su borda de estribor estaba ya a la altura de las aguas.

El río Akrim, que serpenteaba entre praderas y tierras labradas, estaba teñido de rojo, y las montañas que se alzaban a ambos lados del valle parecían contemplar un paisaje tan antiguo como ellas. El horror había llegado hasta los pacíficos habitantes de aquel valle bajo la forma de unos despiadados invasores venidos de tierras lejanas. No miraron hacia el castillo que colgaba de la abrupta ladera de las montañas, porque allí también merodeaban los opresores.

El clan de Kurush Khan, cabecilla de una de las tribus hirkanias más salvajes y belicosas de la zona oriental del mar de Vilayet, había sido desplazada hacia el oeste desde sus estepas naturales, a consecuencia de una guerra tribal. Ahora estaban causando muchas bajas en las aldeas yuetshi del valle de Akrim. Aunque sólo se trataba de una incursión para robar ganado, botín y esclavos, Kurush Khan tenía grandes ambiciones. En aquellas montañas habían surgido otros reinos en el pasado.

Pero por el momento, Kurush Khan, al igual que sus guerreros, estaba ebrio de sangre tras la matanza. Las cabañas de los yuetshi se habían convertido en ruinas humeantes. Habían dejado intactos los graneros porque contenían forraje y trigo. Recorrían el valle de arriba abajo unos jinetes enjutos, que apuñalaban y disparaban flechas. Los hombres aullaban cuando el acero entraba en sus carnes, y las mujeres gritaban aterradas cuando los merodeadores las arrojaban desnudas sobre las sillas de sus caballos por las calles de la aldea más grande —un escuálido conjunto de chozas hechas de barro y de piedra— deambulaban los jinetes ataviados con pieles de cordero y altos gorros de piel. Sacados por la fuerza de sus escondrijos, los habitantes de la aldea se arrodillaban implorando en vano piedad, o escapaban inútilmente para ser asesinados mientras corrían. Los sables curvos llamados yataghans silbaban en el aire y emitían un sonido seco cuando se clavaban en la carne y tocaban el hueso.

Uno de los fugitivos se volvió lanzando un grito salvaje cuando Kurush Khan, con la capa extendida al viento como si de las alas de un halcón se tratara, se abalanzó sobre él con su caballo. En ese instante los ojos del perseguido yuetshi vieron, como en una pesadilla, el rostro de nariz aguileña y la amplia manga que caía cuando el brazo se alzó empuñando la hoja de brillante acero. El fugitivo yuetshi llevaba una de las pocas armas eficaces que había en aquel valle: un pesado arco con una sola flecha. Con un grito desesperado colocó el dardo y disparó en el momento en que el hirkanio lo atacaba. La flecha dio en el blanco y Kurush Khan se desplomó del caballo con el corazón herido de muerte.

Mientras el corcel sin jinete se alejaba al galope, uno de los dos hombres caídos se incorporó sobre un codo. Era el yuetshi, cuya vida se escapaba por un terrible corte que tenía en la garganta. Jadeando, miró a Kurush Khan, cuya barba apuntaba hacia arriba en un cómico gesto de sorpresa. El brazo del yuetshi cedió y su rostro fue a dar al suelo, llenándosele la boca de polvo. Escupió sangre, lanzó una horrible carcajada con los labios llenos de espuma y cayó hacia atrás. Cuando llegaron los demás hirkanios, él también estaba muerto.

Los hirkanios se arremolinaron como buitres en torno al cuerpo de su khan muerto, hablando con excitación. Cuando se dispersaron, la suerte de todos los yuetshi del valle de Akrim estaba echada.

Tanto los graneros como los establos que Kurush Khan había dejado intactos quedaron envueltos en llamas. Mataron a todos los prisioneros, arrojaron a los niños vivos en las hogueras y las muchachas fueron destrozadas y arrastradas por las calles ensangrentadas. Al lado del cadáver del Khan fueron amontonándose cabezas humanas. Los saqueadores galopaban de un lado a otro, agitaban en el aire los trofeos humanos que tomaban por los pelos y luego los arrojaban a la siniestra pirámide de cadáveres. Cualquier lugar en el que pudiera ocultarse algún desdichado nativo era destruido al instante.

Uno de los atacantes hurgó en el montón de heno y advirtió ciertos movimientos entre la paja. Con un aullido de lobo introdujo la mano y sacó a la víctima a la luz. Se trataba de una hermosa joven. El hirkanio le desgarró la túnica y se recreó la vista con la apenas encubierta belleza de la muchacha.

Ésta luchó en silencio contra la mano que la aferraba, pero el hombre la arrastró hasta su caballo. Entonces, con la rapidez de una cobra, la joven sacó una daga y la hundió en el corazón del jinete, que cayó al suelo musitando un gemido. La muchacha saltó con la rapidez de una tigresa sobre el caballo, que se encabritó al no reconocer al jinete, pero luego, dirigido por la joven, corrió con rapidez valle arriba. Los saqueadores la persiguieron y las flechas silbaron a su alrededor.

La muchacha se dirigió a la estrecha garganta de un desfiladero que había al sur del valle. Allí se hacía peligroso el avance, y los hirkanios tiraron de las riendas para que sus caballos moderaran el paso. La joven, en cambio, siguió adelante como una hoja arrastrada por el viento y llegó a sacarles varios cientos de metros de ventaja. Pero de repente se encontró con un promontorio de piedras que parecía haber sido construido para impedir el paso por el desfiladero. Allí crecían tamarindos y un pequeño arroyo pasaba a través de un hueco que había en el centro de la barrera natural. Detrás de las piedras había unos hombres que le gritaron que se detuviese.

Al principio la joven creyó que eran hirkanios, pero en seguida comprendió su error. Eran hombres altos y fornidos, con cotas de malla que arrojaban destellos bajo sus capas, y cascos de acero para protegerse la cabeza. La muchacha tomó una rápida decisión. Se tiró del caballo y corrió hacia las rocas, poniéndose de rodillas.

—¡Ayúdenme, en nombre de la misericordiosa Ishtar! —imploró.

Se adelantó un hombre. La joven, al verlo, exclamó aferrándose a sus rodillas:

—¡General Artabán, sálvame de esos lobos que me persiguen!

—¿Por qué habría de arriesgar mi vida por ti? —repuso el aludido, con indiferencia.

—Te conocí en la corte del rey, en Aghrapur. Bailé para ti. Soy Roxana la zamoria.

—Muchas mujeres han bailado para mí.

—Entonces —dijo la muchacha con desesperación—, te diré algo al oído. ¡Escucha!

Ella susurró una palabra al oído del general, que se estremeció como si lo hubiese herido. Luego miró a la joven fijamente y trepó sobre un peñasco. Dirigiéndose a los jinetes que se acercaban, levantó una mano y dijo en voz alta:

—¡Vuelvan por donde han venido, en nombre del rey Yildiz de Turan!

Por toda respuesta recibió una lluvia de flechas. Artabán saltó rápidamente de la roca e hizo una señal con la mano. Al instante, cayeron sobre los hirkanios decenas de dardos que partieron desde la barrera de piedra. Muchos de los atacantes cayeron de sus monturas, en tanto que los caballos relinchaban y piafaban. Los demás jinetes retrocedieron lanzando gritos de espanto, y en seguida dieron media vuelta y se alejaron valle abajo.

Artabán se volvió hacia Roxana. Era un hombre alto, vestido con una capa de seda de color carmesí y una cota de malla con incrustaciones de oro. El agua y la sangre habían manchado su atuendo que, a pesar de todo, denotaba una gran riqueza. Sus hombres —cuarenta marineros turanios armados hasta los dientes— se reunieron en torno a él. Un mísero nativo yuetshi se encontraba cerca, con las muñecas atadas.

—¡Hija! —dijo Artabán —, me he creado enemigos en esta remota tierra sólo por el nombre que pronunciaste hace un momento. Te he creído...

—Si miento, que me desuellen viva —repuso ella.

—Lo tendré en cuenta —prometió el general con tono afable—. Voy a comprobarlo personalmente. Has mencionado al príncipe Teyaspa. ¿Qué sabes de él?

—He compartido su exilio durante tres años.

—¿Dónde está ahora?

La joven señaló valle abajo, hacia las torres de un castillo que apenas se veía entre los riscos.

—Está en aquella fortaleza, que pertenece a Gleg el zaporosko.

—No será fácil tomar ese bastión —murmuró Artabán.

—¡Manda a buscar al resto de tus lobos de mar! —dijo la muchacha—. Yo conozco un camino que puede llevarte hasta el corazón de esa fortaleza.

Artabán movió la cabeza con desaliento y repuso:

—Estos son todos los hombres que me quedan.

Al ver el gesto de incredulidad que se dibujaba en el rostro de la joven, Artabán agregó:

—Me parece lógica tu sorpresa. Te contaré lo que ocurrió... Escucha...

Entonces, con una sinceridad que asombró a sus compatriotas turanios, Artabán relató brevemente su desdichada historia. No mencionó sus triunfos, que eran suficientemente conocidos. Era un general famoso por sus rápidas incursiones en países lejanos como Brithunia, Zamora, Koth y Shem cuando, cinco años antes, los piratas del mar de Vilayet se unieron a los kozakos, unos proscritos de las estepas vecinas, y se convirtieron en una terrible amenaza para el reino más occidental de Hirkania. El rey Yildiz había llamado al general para que remediase la situación. Mediante una acción enérgica, Artabán había dominado a los piratas y los había expulsado de las costas occidentales del mar interior.

Pero el general era un jugador empedernido y había contraído fuertes deudas. Con el fin de saldarlas, durante uno de los viajes en su navío se apoderó de un barco mercante de Khorusun, mató a todos sus tripulantes y se llevó la carga a su base para venderla en secreto. Pero, aunque su tripulación había jurado no decir nada, la noticia se divulgó. Artabán conservó la cabeza al precio de realizar una misión poco menos que suicida para el rey Yildiz. Debía cruzar el mar de Vilayet hasta llegar a la desembocadura del río Zaporoska y una vez allí destruir las bases de los piratas. Pusieron solamente dos barcos a su disposición para aquella arriesgada empresa.

Artabán encontró el campamento fortificado y lo tomó por asalto, dado que en ese momento sólo había unos pocos piratas en el lugar. El resto se había ido río arriba para combatir a una banda de nómadas hirkanios, similares a la horda de Kurush Khan que había atacado a los nativos zaporoskos, con quienes los corsarios mantenían buenas relaciones. Artabán destruyó varias naves piratas fondeadas y capturó a algunos filibusteros viejos y enfermos, que no habían partido con la expedición.

Con el fin de atemorizar y escarmentar a los corsarios, Artabán había ordenado que los cautivos fuesen empalados, quemados vivos y desollados. Estaban ejecutando esta condena cuando regresó el contingente principal de piratas. Artabán huyó y se vio obligado a abandonar una de sus naves. Consciente de la pena que le estaba reservada por su fracaso, el general había escapado hacia la desolada zona que se extendía por la costa sudoeste del Vilayet, donde los montes Colquios llegaban casi hasta el borde del mar. No tardó en ser perseguido por los piratas en el mismo barco que les había capturado él, y lo alcanzaron cuando la costa occidental ya estaba a la vista. Se generalizó la lucha sobre la cubierta de ambos navíos, hasta que éstas se llenaron de muertos y heridos. La superioridad numérica y de armamento de los turanios, junto con el certero empleo del espolón de la galera por parte de Artabán, le proporcionó una precaria victoria.

—Así pues —terminó diciendo Artabán—, hicimos varar la galera en la cala. Podríamos haberla reparado, pero la flota del rey recorre todo el mar de Vilayet y me habrían colocado un nudo corredizo en torno al cuello por mi fracaso. Por lo tanto, me dirigí con mis hombres a las montañas, en busca de algo que quizá nunca logremos: un lugar donde estemos a salvo de la dominación turania o un nuevo reino que gobernar.

Roxana escuchó al general con atención. Cuando hubo concluido, comenzó a relatar su propia historia. Como Artabán sabía muy bien, era costumbre de los reyes de Turan, al subir al trono, matar a sus hermanos y a los hijos de éstos a fin de eliminar toda posibilidad de una guerra civil por ambiciones familiares. Además, también era habitual que, al morir el rey, los nobles y los generales aclamaran como nuevo soberano a aquel de los hijos del muerto que llegaba primero a la capital después del deceso.

El débil Yildiz jamás habría ganado a Teyaspa, su agresivo hermano, de no haber sido por la madre del primero, una nativa de Koth llamada Khushia. Esta formidable matrona, la verdadera gobernante de Turan, prefería a Yildiz porque era más dócil. Por consiguiente, se envió a Teyaspa al exilio. Éste buscó refugio en Iranistán, pero descubrió que el rey de aquel país, de acuerdo con Yildiz, tenía intenciones de envenenarlo. En un intento de llegar a Vendhia, el príncipe desterrado fue capturado por una tribu de nómadas hirkanios, que lo reconocieron y lo vendieron a los turanios. Teyaspa creyó que su suerte estaba echada, pero intervino su madre y pidió a Yildiz que no mandase estrangular a su hermano.

En lugar de ello, Teyaspa fue recluido en el castillo de Gleg el Zaporosko, un feroz jefe de bandoleros, que había llegado al valle de Akrim muchos años antes y se había establecido allí como señor feudal de los primitivos pobladores —los yuetshi—, a los que explotaba más que protegía. Teyaspa fue rodeado de todos los lujos y diversiones, con el fin premeditado de debilitar su carácter.

Roxana explicó que ella era una de las bailarinas enviadas para entretenerlo. Pero se había enamorado profundamente del apuesto príncipe y, en lugar de buscar su ruina, se proponía hacer de él un hombre libre.

—Pero el príncipe Teyaspa —explicó la joven— se ha hundido en la apatía... Nadie reconocería en él al osado aguilucho que condujo a sus soldados a tantas victorias contra los brithunios y los asshuri. La prisión, el vino y la savia del loto negro han obnubilado su sentido. Permanece todo el día echado entre cojines, como en trance, y sólo parece prestar atención cuando yo canto y bailo para él. Pero tiene sangre de conquistadores en las venas. No es más que un león adormecido.

—Cuando los hirkanios llegaron al valle —siguió diciendo—, yo me escapé del castillo y fui en busca de Kurush Khan con la esperanza de encontrar a un hombre suficientemente osado como para ayudar a Teyaspa. Pero he visto con mis propios ojos cómo asesinaban a Kurush Khan, y mis ilusiones se disiparon. Los hirkanios habían enloquecido. Me escondí en un pajar, pero no tardaron en descubrirme. ¡Oh, mi señor, ayúdanos! ¿Qué importa si sólo cuentas con un puñado de hombres? Muchos imperios se han erigido con menos. ¡Cuando se sepa que el príncipe está libre, los hombres se unirán en gran número a nuestra causa! Yildiz es un torpe mediocre y las gentes temen a su hijo Yezdigerd, un joven cruel y de carácter siniestro.

»La guarnición turania más próxima está a tres días de marcha de aquí —concluyó la joven—. Akrim, por lo tanto, es una zona aislada, sólo conocida por los nómadas y los desdichados yuetshi. Aquí puede forjarse un imperio sin ninguna dificultad. Tú también eres un proscrito. ¡Aliémonos para liberar a Teyaspa y elevarlo al trono! ¡Si él llega a ser rey, tendrás toda clase de honores y riquezas, mientras que Yildiz no te ofrece más que el lazo de la horca!

La muchacha se puso de rodillas y aferró con sus manos la capa del general, con los ojos oscuros encendidos por la pasión. Artabán permaneció en silencio y luego se echó a reír a carcajadas.

—Necesitaremos a los hirkanios para nuestra empresa —dijo el general—. La muchacha batió palmas, lanzando una exclamación de alegría.

—¡Alto! —exclamó Conan el cimmerio que, después de detenerse, miró en derredor, con los músculos de su poderoso cuello en tensión.

Detrás de él, sus compañeros interrumpieron la marcha con un estrépito metálico de armas. Se encontraban en un estrecho desfiladero flanqueado a ambos lados por abruptos taludes en los que, a trechos, crecía algún abeto enano. Delante de ellos fluía un pequeño manantial entre un grupo de árboles dispersos y luego, convertido en un arroyo, se deslizaba hacia abajo entre guijarros cubiertos de musgo.

—Nos detendremos aquí para beber y proveernos de agua —dijo Conan con un gruñido.

La noche anterior habían llegado, a marchas forzadas, hasta la cala en que Artabán había ocultado su galera. Conan dejó a cuatro hombres heridos, que no estaban en condiciones de luchar, para que repararan la embarcación, y siguió avanzando con el resto de los piratas. Creyendo que los turanios se hallaban relativamente cerca, Conan apresuró la marcha con la esperanza de alcanzarlos y vengarse por la matanza del río Zaporoska. Pero luego, al ponerse la luna, perdieron su rastro en el laberinto de barrancos y erraron sin rumbo fijo. Ahora, con la llegada del alba, habían encontrado agua, pero estaban perdidos y exhaustos. La única señal de presencia humana que habían visto desde que se alejaron de la costa fue un grupo de chozas situadas entre los riscos. Éstas albergaban a unas gentes primitivas que iban desnudas y escaparon aullando cuando vieron que se acercaban unos desconocidos. Desde algún lugar de la montaña se oyó el rugido de un león.

Conan era el único de los veintiséis hombres que componían el grupo cuyos músculos todavía resistían. En cierto momento dijo a sus hombres:

—Pueden echarse a dormir. Ivanos, elige a dos hombres para que hagan la primera guardia contigo. Cuando el sol esté encima de aquel abeto, despierta a otros tres. Yo voy a explorar el desfiladero.

El cimmerio avanzó por la estrecha garganta y pronto se perdió entre los dispersos arbustos. Los lados del desfiladero se habían convertido en riscos que se alzaban verticalmente desde el suelo lleno de rocas. De repente, con una rapidez inusitada, una silueta salvaje y peluda salió de unas matas y se enfrentó al pirata. El aire silbó entre los dientes de Conan mientras su espada desenvainada arrojaba destellos. Luego se detuvo, al advertir que la extraña aparición no llevaba armas.

Se trataba de un yuetshi; era un hombre de aspecto deplorable, cubierto con pieles de cordero. Sus brazos largos, sus piernas cortas y el rostro amarillento de ojos rasgados le daban un extraño aire de pequeño duende de leyenda.

—¡Por Khosatra! —exclamó el vagabundo—. ¿Qué hace un miembro de la Hermandad Libre en esta tierra dominada por los hirkanios?

El hombre hablaba en un dialecto turanio, pero con fuerte acento extranjero.

—¿Quién eres? —inquirió Conan.

—Era uno de los jefes de los yuetshi —contestó el otro, con una risa salvaje—. Me llamo Vinashko. ¿Y qué haces tú aquí?

—Dime, ¿qué hay más allá de este desfiladero? —preguntó Conan a su vez.

—Detrás de aquel monte hay un laberinto de barrancos y riscos. Si te abres paso por esa zona, llegarás a un lugar desde donde se divisa el valle de Akrim, que hasta ayer era el hogar de mi tribu y hoy sólo alberga sus huesos calcinados.

—¿Hay comida allí?

—Sí, comida y muerte. Una horda de hirkanios domina el valle. En ese momento se oyó un ruido, y Conan advirtió que Ivanos se acercaba a ellos.

—Te dije que vigilaras mientras los demás dormían —dijo el cimmerio frunciendo el ceño.

—Tienen demasiada hambre para conciliar el sueño —repuso el corinthio, al tiempo que miraba con recelo al yuetshi.

—¡Por Crom! —exclamó Conan con un gruñido—. No puedo conseguir alimentos como por arte de magia. Tendrán que esperar hasta que podamos saquear una aldea...

—Yo puedo guiarlos hasta un lugar en el que hallarán comida suficiente para alimentar un ejército —le interrumpió Vinashko.

—¡No te burles de mí, amigo! —dijo Conan con voz amenazadora—. Acabas de decir que los hirkanios...

—¡No! Hay un lugar aquí cerca, que ellos desconocen, donde nosotros almacenábamos alimentos. Yo iba hacia allí cuando nos encontramos.

Conan desenvainó su espada, un arma de hoja ancha y recta, de doble filo, en un país en el que las espadas curvas eran la regla. Además, medía más de un metro de largo.

—Entonces, llévanos hasta allí —dijo el cimmerio—. ¡Pero no olvides que, al primer movimiento en falso, te corto la cabeza!

Una vez más, el yuetshi se rió con una risa salvaje y burlona, y a continuación les hizo una señal para que lo siguieran. Avanzó hasta unas rocas y, después de hurgar entre unos arbustos, puso al descubierto una grieta en la pared. Miró a sus acompañantes, se inclinó y entró en la cueva.

—¿No será la guarida del lobo? —preguntó Ivanos.

—¿Qué temes? —dijo Conan—. ¿A los ratones?

Y diciendo esto, entró por la abertura, seguido por Ivanos. No se vio en una cueva, como esperaba, sino en un estrecho pasadizo que había en el desfiladero. Por encima de su cabeza podía ver una estrecha franja de cielo azul limitada por las escarpadas paredes. Avanzaron en la oscuridad unos cien pasos y fueron a salir a un amplio espacio circular rodeado por muros verticales de rocas que, a primera vista, parecían un monstruoso laberinto. Un rumor sordo procedía del centro, donde había un agujero rodeado por un pequeño brocal. De dicho orificio salía una tenue llama, de la altura de un hombre, que iluminaba tenuemente aquel recinto.

Conan miró con curiosidad a su alrededor. Era como hallarse en el fondo de un gigantesco pozo. El suelo era de roca sólida y se había vuelto completamente liso, probablemente por las pisadas de diez mil generaciones de hombres. Las paredes circulares, demasiado perfectas para ser naturales, estaban horadadas por cientos de negros huecos cuadrados cerrados con losas y dispuestos en filas regulares. La pared se alzaba a gran altura, hasta terminar en un pequeño círculo de cielo azul, en el que planeaba un buitre que a distancia parecía un punto negro. Había una escalera en espiral tallada en la roca que se iniciaba a nivel del suelo y describía un semicírculo completo al ascender, para terminar en una plataforma situada frente a un gran orificio negro semejante a la entrada de un túnel.

—Esos agujeros —explicó Vinashko— son las tumbas de un pueblo antiguo que vivió aquí antes que mis antepasados llegasen al mar de Vilayet. Las leyendas cuentan que esas gentes no eran humanas y que se alimentaron de mis antepasados hasta que un sacerdote de los yuetshi, mediante un poderoso encantamiento, los encerró en los nichos que hay en la pared y encendió un fuego en el centro para mantenerlos aprisionados allí. Seguramente sus huesos se han convertido en polvo hace ya mucho tiempo. Algunas de mis gentes han tratado de quitar las losas que cierran las tumbas, pero la roca desafió todos sus esfuerzos.

El yuetshi señaló unos montones que había a un lado del pozo y agregó:

—Mi gente ha almacenado aquí alimentos para los tiempos de penuria. Pueden llevarse lo que quieran, porque ya no quedan yuetshis que puedan comerlos.

Conan reprimió un estremecimiento de temor supersticioso y dijo:

—Tu pueblo debería haber habitado en estas cuevas. Un solo hombre habría bastado para defender la grieta contra una horda de atacantes.

El yuetshi se encogió de hombros y dijo con aire resignado:

—Aquí no hay agua. Además, cuando los hirkanios nos atacaron no hubo tiempo. Las gentes de mi pueblo no eran belicosas; sólo deseaban cultivar la tierra.

Conan movió la cabeza. No podía entender que hubiese gente con un carácter semejante. Vinashko comenzó a extraer unos sacos de cuero que contenían maíz, arroz, queso fermentado y carne desecada, así como algunos pellejos de vino ácido.

—Ivanos —ordenó Conan—, ve y trae algunos hombres para que carguen los sacos de alimentos. Yo esperaré aquí.

Cuando Ivanos hubo desaparecido por la abertura, Vinashko tomó a Conan por un hombro y preguntó:

—¿Me crees ahora?

—Sí, por Crom —repuso el cimmerio, al tiempo que mordisqueaba algunos higos secos—. Cualquier hombre que me conduzca a un lugar donde hay alimentos, tiene que ser forzosamente mi amigo. Pero, ¿cómo llegaste tú y tu gente hasta aquí desde el valle de Akrim? El camino debe ser largo y difícil.

Los ojos de Vinashko centellearon como los de un lobo hambriento.

—Ése es nuestro secreto —dijo—. Te lo revelaré si confías en mí.

—Cuando tenga el estómago lleno —repuso Conan con la boca llena de higos—. Nosotros estamos persiguiendo a ese demonio negro que se llama Artabán de Shahpur, que se encuentra en algún lugar de estas montañas.

—¿Es vuestro enemigo?

—¿Enemigo? ¡Si le pongo las manos encima, voy a hacerme un par de botas con su piel!

—Artabán de Shahpur se encuentra a tres horas a caballo de aquí—

—¡Ah! —exclamó el cimmerio, poniéndose en pie y buscando su espada, con los ojos encendidos—. ¡Llévame hasta él!

—Debes ser prudente —aconsejó Vinashko—. Artabán cuenta con cuarenta turanios armados, y además se le han unido Dayuki y ciento cincuenta hirkanios. ¿Cuántos guerreros tienes tú, señor?

Conan siguió masticando en silencio. Con semejante disparidad de número, no podía concederle a Artabán ninguna ventaja. Durante los meses que llevaba viviendo como capitán pirata, había convenido a sus hombres en una tropa eficaz, pero ésta seguía siendo un instrumento que había que manejar con cuidado. Librados a su suerte, los hombres eran imprudentes y despreocupados, capaces de perder la vida de la forma más necia. Bien dirigidos, en cambio, podían hacer grandes cosas.

—¡Si vienes conmigo, kozako, te enseñaré algo que ningún ser humano, salvo un yuetshi, ha visto en mil años! —dijo Vinashko.

—¿Qué es?

—¡Un camino de muerte para nuestros enemigos!

Conan dio unos pasos, pero luego se detuvo y manifestó:

—¡Espera! Aquí llegan nuestros hermanos. ¡Escucha cómo maldicen esos perros!

—Envíalos de vuelta al campamento con los alimentos —susurró Vinashko, en el momento en que media docena de piratas entraban por la grieta, mirando recelosamente dentro de la enorme caverna.

Conan los detuvo con un gesto imponente y ordenó:

—Lleven estos alimentos junto al manantial. Les dije que encontraría comida.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Ivanos.

—¡No te preocupes por mí! —repuso el cimmerio—. Tengo que hablar con Vinashko. ¡Regresen al campamento y atibórrense de comida, demonios!

En cuanto cesó el eco de los pasos de los piratas, Conan dio a Vinashko una palmada en la espalda que lo hizo tambalear y dijo:

—Vámonos.

El yuetshi lo guió por la escalera circular tallada en la roca viva. Por encima de la última fila de nichos se veía la abertura del túnel. Conan advirtió que podía entrar en éste sin agacharse.

—Si sigues por este túnel —aseguró Vinashko—, saldrás justamente detrás del castillo de Gleg el zaporosko, desde donde se domina todo el valle de Akrim.

—¿Y de qué sirve eso? —preguntó Conan con un gruñido, mientras avanzaba detrás del yuetshi.

—Ayer, al comenzar la matanza, me enfrenté durante un tiempo a los perros hirkanios. Cuando vi que todos mis camaradas habían caído, huí corriendo del valle por el desfiladero de Diva. Entonces me encontré con unos guerreros desconocidos que me derribaron y maniataron. Querían saber qué había ocurrido en el valle. Luego me enteré que eran marinos de la escuadra del rey en el mar de Vilayet, que llamaban Artabán a su jefe. Mientras me interrogaban, llegó una muchacha cabalgando como un demonio, perseguida por los hirkanios. Saltó del caballo y suplicó a Artabán que la ayudase. Entonces vi que se trataba de una de las bailarinas zamorias que viven en el castillo de Gleg. Una lluvia de flechas hizo huir a los hirkanios y Artabán se puso a hablar con la joven, olvidándose de mí. Hace tres años que Gleg tiene encerrado a un prisionero en su fortaleza. Lo sé porque tuve que llevar maíz y ovejas al castillo, para recibir el pago al estilo de los zaporoskos, es decir, con maldiciones y golpes. ¡Kozako, el prisionero es Teyaspa, el hermano del rey Yildiz!

Conan lanzó un gruñido de sorpresa.

—La muchacha, Roxana —siguió diciendo Vinashko—, le reveló este secreto a Artabán, que juró ayudarle a liberar al príncipe. Mientras hablaban, los hirkanios se detuvieron a cierta distancia, con intenciones vengativas, pero cautelosos. Artabán los llamó y consiguió hablar con Dayuki, el nuevo jefe desde que Kurush Khan fuera asesinado durante el saqueo de mi aldea. Por último, el hirkanio traspuso la barrera de rocas y terminó por hacerse muy amigo de Artabán. Ellos dos y la muchacha planearon liberar al príncipe Teyaspa para sentarlo en el trono del reino.

»Roxana ha descubierto el camino secreto que lleva a la fortaleza —siguió diciendo el yuetshi—. Hoy, antes de la puesta del sol, los hirkanios atacarán el castillo desde el frente. Mientras atraen de ese modo la atención de los zaporoskos, Artabán y sus hombres van a entrar en la fortaleza por el pasadizo secreto. Roxana les abrirá la puerta desde el interior, y ellos se apoderarán del príncipe y huirán a las montañas; allí piensan reunir más hombres para proseguir la lucha.

»A todo esto —concluyó el yuetshi—, cayó la noche. Logré deshacerme de mis ataduras a mordiscos y escapé de aquel lugar. Tú deseas venganza y yo te diré cómo puedes atrapar a Artabán. Mata a todos, excepto a Teyaspa. Podrás obtener un fuerte rescate de su madre, Khushia, o del mismo Yildiz, si le propones matar a Teyaspa. O si lo prefieres, puedes erigirte tú mismo en creador de una dinastía de reyes.

—Está bien, enséñame el camino —dijo Conan con los ojos brillantes de impaciencia.

El túnel era amplio, pues por él hubieran podido avanzar tres caballos al mismo tiempo, y al comienzo descendía en forma pronunciada. De cuando en cuando unos escalones conducían a un nivel inferior. Al principio, Conan no veía nada en la oscuridad. Luego, ésta se atenuó por un leve fulgor que había a lo lejos. El fulgor se convirtió en un brillo plateado y finalmente el túnel se llenó con el ruido del agua que caía.

Los dos hombres se detuvieron a la entrada del túnel, oculta por una pequeña cascada que caía desde unas rocas situadas algo más arriba. A los pies de la cascada se formaba una laguna cuyas aguas espumosas daban origen a un arroyo que descendía por el desfiladero. Vinashko señaló hacia un saliente rocoso que bordeaba la laguna. Conan lo siguió por allí y se encontró en una garganta extraordinariamente estrecha, en la que los taludes verticales que había a ambos lados se remontaban

a gran altura. No se veía vegetación alguna, exceptuando una estrecha franja en la orilla del riachuelo que serpenteaba desfiladero abajo para caer más adelante por una grieta situada en un muro rocoso.

Conan marchaba siempre precedido por el yuetshi, que ascendió por la tortuosa garganta del desfiladero. Al cabo de unos trescientos pasos perdieron de vista la cascada. El suelo ahora se inclinaba hacia arriba. Poco después, el yuetshi se detuvo y tomó a Conan por el brazo. Un árbol achaparrado crecía en un ángulo del muro rocoso y Vinashko se situó detrás, señalándole algo a Conan.

Más allá del recodo en el que se hallaban, el desfiladero continuaba unos ochenta pasos y terminaba abruptamente en un muro rocoso. Pero hacia la izquierda, el talud presentaba una extraña alteración, y Conan tuvo que mirar con detenimiento para descubrir que se trataba de una pared hecha por el hombre. Se encontraban detrás de un castillo construido en un desfiladero de la rocosa montaña. Sus paredes se alzaban desde el mismo fondo del desfiladero. No había puente alguno que permitiese salvar el abismo y la única entrada que había en el lugar era una pesada puerta de madera y bronce situada en el medio del muro. Frente a ésta había un estrecho saliente rocoso al cual se podía llegar mediante unos escalones tallados en la piedra.

—Por aquí escapó esa muchacha, Roxana —dijo Vinashko—. Esta garganta corre casi paralela al río Akrim. Se estrecha hacia el oeste y finalmente se abre en el valle a través de una hendidura por la cual fluye la corriente de agua. Los zaporoskos han bloqueado la entrada con piedras, a fin que el camino no pueda ser visto desde el valle, en el exterior. Raras veces usan este camino y nadie conoce la existencia del túnel que hay detrás de la cascada.

Conan se frotó la barbilla, con aire pensativo. Sentía ardientes deseos de saquear el castillo, pero no veía el modo de entrar en él.

—¡Por Crom, Vinashko, que me gustaría estar allí arriba! —dijo el cimmerio.

El yuetshi echó un vistazo al robusto cuerpo de Conan, movió negativamente la cabeza y repuso:

—Hay una forma de entrar, por el llamado Camino de las Águilas, pero no sirve para un hombre como tú.

—¡Por Ymir! ¿Acaso te crees mejor trepador que un cimmerio de la montaña? ¡Vamos, sigue!

Vinashko se encogió de hombros y retrocedió hasta que, hallándose de nuevo a la vista de la cascada, se detuvo ante una serie de huecos poco profundos que había en el talud. Conan observó de cerca y vio que eran asideros practicados en la sólida roca.

—Yo hubiera hecho unos huecos un poco más profundos —murmuró Conan, pero, a pesar de todo, comenzó a subir detrás de Vinashko, aferrándose a los asideros con los dedos de las manos y de los pies.

Finalmente alcanzaron la cima del talud que formaba la cara sur de la garganta y se sentaron en el borde, con los pies colgando en el vacío.

El desfiladero se retorcía debajo de ellos como el rastro de una serpiente. Conan miró hacia la pared opuesta, que era más baja y desde la que se divisaba el valle del río Akrim.

Hacia la derecha, el sol de la mañana estaba bastante alto sobre el resplandeciente mar de Vilayet. A la izquierda se alzaban los picachos coronados de blanco de los montes Colquios. Y tras de sí, el cimmerio vio el laberinto de desfiladeros en uno de los cuales se hallaban acampados sus hombres.

El humo aún flotaba pesadamente sobre las ennegrecidas manchas de lo que habían sido las aldeas vecinas. Valle abajo, en la orilla izquierda del río, se divisaban algunas tiendas de campaña hechas de pieles de animales. Conan vio a algunos hombres que deambulaban como hormigas en torno a aquellas tiendas. Eran los hirkanios, según dijo Vinashko, que luego señaló, valle arriba, hacia la boca de un estrecho desfiladero donde estaban acampados los turanios. Pero lo que atrajo el interés de Conan fue el castillo.

Era la encarnación de la solidez, implantada en los riscos que había entre el desfiladero y el valle. La fortaleza estaba rodeada por una maciza muralla de unos seis metros de altura. Por la parte exterior se abría una enorme puerta flanqueada por torres en las que había hendiduras para colocar flechas. Esta pendiente no era tan empinada como para impedir el acceso de tropas o de carruajes, pero tampoco ofrecía refugio ni defensa alguna a los posibles atacantes.

—Haría falta el poder del demonio para tomar este castillo —dijo Conan con un gruñido—. ¿Cómo haremos para llegar hasta el hermano del rey? Al menos, condúceme hasta Artabán, para que pueda regresar con su cabeza al río Zaporoska.

—Ten cuidado, si deseas conservar la tuya —repuso Vinashko—. ¿Qué ves en ese desfiladero?

—Mucha piedra desnuda, con una sola franja verde a lo largo del riachuelo.

El yuetshi sonrió con gesto de lobo, y volvió a preguntar:

—¿Y no has notado que esa franja es más densa y más alta en la orilla derecha? ¡Escucha! Desde detrás de la cascada podemos vigilar hasta que lleguen los turanios por el desfiladero. Luego, mientras estén en el castillo de Gleg, nos esconderemos entre las hierbas que bordean el arroyo y esperaremos hasta que regresen. Entonces los matamos a todos, menos a Teyaspa, a quien nos llevamos prisionero, y después volvemos por el túnel. ¿Tienes un barco para que podamos escapar?

—Sí —dijo Conan, que agregó—: Oye, Vinashko, ¿hay algún camino de descenso de este risco que no sea el talud por el que hemos subido?

—Hay un sendero que se dirige hacia el este, a lo largo de la montaña, y que luego desciende hasta las gargantas donde están acampados tus hombres. Déjame que te lo enseñe. ¿Ves aquella roca que parece una mujer vieja? Pues bien, torciendo hacia la derecha...

Conan escuchó atentamente las explicaciones que le daba el yuetshi y llegó a la conclusión que era un camino peligroso, mucho más apropiado para íbices o cabras monteses que para seres humanos, y de difícil acceso a la garganta que había debajo.

En medio de la explicación Vinashko se interrumpió, se volvió y se quedó paralizado por la sorpresa.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Un grupo de jinetes salían del lejano campamento hirkanio y hostigaban a sus caballos para hacerlos cruzar el poco profundo río. El sol hacía brillar las puntas de las lanzas, mientras que en el castillo se veía el resplandor de los cascos de los defensores.

—¡El ataque! —exclamó Vinashko—. ¡Por Khosatra y Khel! ¡Han cambiado de planes! ¡No iban a atacar hasta la noche! ¡Rápido! ¡Tenemos que bajar y ocultarnos en el desfiladero antes que lleguen los turanios!

Poco después descendieron lentamente, apoyándose en los pequeños asideros.

Finalmente llegaron a la garganta del desfiladero y se dirigieron apresuradamente hacia la cascada. Alcanzaron la laguna, pasaron por el saliente rocoso y se internaron por detrás de la pequeña catarata. Al penetrar en la penumbra allí reinante, Vinashko aferró el brazo de Conan cubierto por la cota de malla. Por encima del rumor de las aguas que caían, el cimmerio alcanzó a oír un sonido metálico. Miró a través de la brillante cortina de plata que daba a todo un aspecto irreal y fantasmagórico, pero que los ocultaba de quienes pudieran encontrarse en el exterior. Habían alcanzado el refugio a tiempo.

Un grupo de hombres altos cubiertos con cotas de malla y cascos adornados con turbantes se acercaban a la garganta del desfiladero. A su cabeza marchaba uno más alto que los demás; se trataba de un personaje de barba negra y rostro de halcón. Conan respiró hondo, asió la empuñadura de su espada y avanzó, pero Vinashko lo aferró por un brazo y susurró frenéticamente.

—¡En nombre de los dioses, kozako, no juegues así con nuestras vidas! Los tenemos atrapados, pero si te apresuras y actúas ahora...

—No te preocupes, amigo —repuso Conan con una sonrisa sombría—. No soy tan necio como para arruinar una venganza por un impulso repentino.

Los turanios cruzaban el arroyo. En la orilla opuesta se detuvieron como para escuchar algo. Finalmente, y sobreponiéndose al rumor de las aguas, los dos hombres que estaban en la cueva oyeron los gritos de muchos individuos juntos.

—¡El ataque! —susurró Vinashko.

Como si se tratara de una señal, los turanios avanzaron rápidamente por la garganta del desfiladero. Vinashko apoyó una mano en el hombro del cimmerio y dijo:

—Quédate aquí y vigila. Yo voy a traer a tus piratas, para tender la celada.

—Date prisa, entonces —dijo Conan—. Debes volver con ellos a tiempo.

Vinashko se alejó como una sombra.

El príncipe Teyaspa se encontraba en una habitación lujosa, llena de tapices tejidos con hilos de oro, divanes de seda y cojines de terciopelo. Parecía la encarnación de la ociosa voluptuosidad, reclinado entre sedas y rasos, y con una jarra de vino al alcance de la mano. Sus ojos oscuros eran los de un soñador cuyas fantasías estaban teñidas por el alcohol y las drogas. Tenía la mirada puesta en Roxana, que asía con desesperación los barrotes de una ventana mientras miraba al exterior. Pero la expresión que se dibujaba en el rostro del príncipe era de placidez e indiferencia. No parecía advertir los gritos y el clamor que provenían de fuera.

Roxana se movía con desasosiego y miraba de cuando en cuando al príncipe por encima de su hombro. Había luchado como una tigresa para evitar que Teyaspa cayese en el abismo de decadencia y resignación que sus captores habían preparado para él. La muchacha, que no era fatalista, había conseguido mantener en Teyaspa la llamada de la vida y la ambición.

—Ya es hora —dijo ella, respirando hondo y volviéndose—. El sol está en su cenit. Los hirkanios suben por la pendiente, espoleando a sus caballos y arrojando flechas contra la muralla. Los zaporoskos responden con dardos y piedras y provocan la muerte entre los atacantes, cuyos cuerpos cubren la cuesta. Sin embargo, los hirkanios siguen atacando como locos. Debo darme prisa. ¡Espérame sentado en el sillón dorado, amado mío!

Se prosternó ante Teyaspa y le besó las babuchas en un éxtasis de adoración. Luego se puso en pie y salió apresuradamente de la estancia. Cruzó corriendo otra habitación en la que diez negros fornidos hacían guardia día y noche. Atravesó un corredor, hasta llegar al patio posterior que se encontraba entre el castillo y la muralla. Aunque a Teyaspa no le permitían salir de sus habitaciones sin escolta, la muchacha podía entrar y salir a placer. La joven atravesó el patio y se acercó a la puerta que daba al desfiladero. Allí había un guardia, contrariado porque no podía tomar parte en la lucha. Aunque la zona posterior del castillo era prácticamente invulnerable, el cauteloso Gleg había apostado un centinela allí para prevenir cualquier eventualidad. El guardia era un sogdio, y llevada un gorro de fieltro a un lado de la cabeza. Se apoyaba en una pica, y frunció el ceño cuando Roxana se acercó a él.

—¿Qué haces aquí, mujer? —le preguntó.

—Tengo miedo —dijo ella—. Los gritos me asustan, señor. El príncipe está drogado por la savia del loto y no hay nadie que disipe mis temores.

Roxana hubiera enternecido el corazón de un muerto con su actitud suplicante. El hombre se acarició la espesa barba y dijo:

—No temas, pequeña gacela. Yo te protegeré.

El centinela apoyó su mano en el hombro de Roxana y la atrajo hacia él, al tiempo que decía:

—Nadie osará tocarte un pelo. Yo... ¡Aaaah!

Cuando el hombre la rodeó con sus brazos, la muchacha le clavó una daga en la garganta. El centinela aún tuvo fuerzas para echar mano a la empuñadura de la espada. Pero luego se tambaleó y

cayó pesadamente. Roxana le quitó un manojo de pesadas llaves del cinto y corrió hacia la puerta. La abrió rápidamente y contuvo un grito de alegría cuando vio que Artabán y sus turanios se encontraban al otro lado del precipicio.

Una plancha maciza que hacía las veces de puente levadizo se hallaba a un lado de la puerta, pero era demasiado pesada para que la joven pudiera levantarla. En otra ocasión la había utilizado para escapar, cuando la dejaron tendida por descuido sobre el abismo. Artabán le arrojó el extremo de una soga, que la joven ató a uno de lo goznes de la puerta. El otro extremo fue sostenido por seis robustos turanios. Asidos al cabo, tres de ellos salvaron el abismo poco a poco, oscilantes sus cuerpos. Una vez del otro lado, colocaron la plancha, por la cual cruzaron el resto de los turanios.

—Que se queden aquí veinte hombres cuidando el puente —ordenó Artabán—. Los demás, síganme.

Los turanios desenvainaron las espadas y siguieron a su jefe. Artabán, a su vez, iba detrás de la muchacha, que avanzaba rápidamente. Al entrar en el castillo, uno de los sirvientes los miró y se quedó boquiabierto. Antes que pudiera dar un grito, el afilado sable de Dayuki, que se encontraba entre los atacantes, le cortó la garganta de un tajo. La banda irrumpió en la antecámara en la que hacían guardia los diez negros, quienes saltaron empuñando sus cimitarras. Se oyó el estrépito metálico de espadas que chocaban, entremezclado con los jadeos y los gritos de los heridos. Murieron tres turanios, y los demás entraron en la habitación por encima de los cuerpos ensangrentados de los centinelas negros.

Teyaspa se puso en pie y sus serenos ojos brillaron con un antiguo fuego, mientras Artabán se arrodillaba ante él y aferraba la empuñadura de su ensangrentada cimitarra.

—¡Éstos son los guerreros que te colocarán en el trono! —exclamó Roxana.

—Vayámonos en seguida, antes que los perros zaporoskos noten nuestra presencia —dijo Artabán.

Rodeó al príncipe con sus soldados, luego atravesaron rápidamente las salas y, tras cruzar el patio, se acercaron a la puerta. A sus espaldas sonó un estrépito metálico. Y, mientras los turanios cruzaban el puente levadizo, oyeron gritos salvajes a sus espaldas. A través del patio vieron una fornida figura cubierta de seda y acero, seguida por cincuenta hombres armados que se acercaban corriendo.

—¡Gleg! —exclamó Roxana.

—¡Levanten la plancha! —rugió Artabán, saltando hacia el puente.

A ambos lados del precipicio silbaron las flechas, hasta que el aire quedó cubierto por una verdadera nube de dardos lanzados en ambas direcciones. Cayeron varios zaporoskos, y lo mismo les ocurrió a dos turanios que se pusieron a descubierto para levantar la plancha. Gleg avanzó presurosamente por el puente, con los fríos ojos grises centelleando bajo su casco en punta. Artabán se enfrentó con él cuerpo a cuerpo. En un fulgurante remolino de acero, la cimitarra del turanio desvió la hoja de Gleg, y destrozó la malla y los gruesos músculos del cuello del zaporosko. Gleg se tambaleó un instante y luego, al tiempo que profería un grito salvaje, se precipitó al abismo.

Pero los turanios habían logrado colocar el puente. En el extremo opuesto, los defensores zaporoskos de la fortaleza comenzaron a gritar y a disparar flechas. Antes que los turanios hubieran desaparecido del saliente rocoso, tres de ellos resultaron muertos y otros fueron heridos a consecuencia de la lluvia de dardos. Artabán profirió una maldición.

—Todo ustedes menos seis —ordenó— deben ir delante para abrir camino. Yo les seguiré con el príncipe. Mi señor —agregó, dirigiéndose a Teyaspa—, no he podido traer un caballo hasta aquí, pero haré que mis hombres preparen una litera con las lanzas.

—¡No permitan los dioses que viaje a hombros de mis libertadores! —exclamó Teyaspa—. ¡Hoy he vuelto a ser un hombre! ¡Jamás olvidaré este día!

—¡Alabados sean los dioses! —murmuró Roxana.

El grupo llegó hasta la cascada. Todos habían cruzado ya el arroyo, menos los hombres que se quedaron en la retaguardia, cuando se oyó un chasquido de cuerdas de arcos, como si una mano hubiera pulsado un arpa invisible. Las filas delanteras cayeron bajo las flechas y luego otra y otra, como espigas ante la guadaña. El resto del contingente retrocedió lanzando gritos de alarma.

—¡Perro! —exclamó Artabán, volviéndose hacia Dayuki—. ¡Esto es asunto tuyo!

—¿Ordenaría a mis hombres que disparasen contra mí? —repuso el hirkanio, completamente pálido—. ¡Éste es un nuevo enemigo!

Artabán corrió hacia sus desmoralizados hombres bramando maldiciones. Sabía que los zaporoskos no tardarían en tender una nueva pasarela sobre el precipicio y lo perseguirían, con lo que quedaría atrapado entre dos enemigos. No tenía la menor idea de quiénes podían ser sus atacantes. Del castillo llegaron los gritos de la batalla y después se oyó el resonar del acero y de los cascos de los caballos en el valle exterior. Pero cuando se halló en la estrecha garganta del desfiladero, donde los ruidos llegaban atenuados, Artabán no supo con certeza el origen de aquellos ruidos.

Los turanios siguieron cayendo ante la lluvia de flechas que arrojaban sus invisibles enemigos. Algunos de los atacados dispararon ciegamente sus dardos contra los arbustos. Artabán les hizo bajar los arcos y gritó:

—¡Imbéciles, están malgastando flechas contra unas sombras! ¡Desenvainen las espadas y síganme!

Con la furia que da la desesperación, los turanios sobrevivientes atacaron con la capa al viento y ojos centelleantes. Las flechas derribaron a algunos turanios más, pero los restantes saltaron al agua y cruzaron el angosto cauce, desde los matorrales que había al otro lado se levantaron unos individuos de aspecto salvaje, algunos cubiertos con cotas de malla y otros semidesnudos, empuñando sus espadas.

—¡Vamos por ellos! —bramó una voz potente—. ¡Maten sin piedad!

Un grito de asombro surgió de las filas turanias cuando reconocieron a los piratas del mar de Vilayet. Luego se lanzaron al ataque rugiendo. El estrépito metálico del acero resonaba con fuerza en los riscos. Los primeros turanios que saltaron a la orilla opuesta del arroyo cayeron con la cabeza destrozada. Luego los piratas saltaron de sus refugios para enfrentarse a sus enemigos en una lucha cuerpo a cuerpo, con el agua hasta la cintura. Piratas y turanios mataban y morían con loco frenesí, mientras la sangre y el sudor cubrían sus rostros. En pocos minutos las aguas se tiñeron de rojo.

Dayuki se mezcló con los combatientes y su cimitarra de doble filo segó la cabeza de un pirata. Entonces Vinashko se arrojó sobre él sin arma alguna y gritando desaforadamente.

El hirkanio retrocedió ante la salvaje ferocidad que se dibujaba en el rostro del yuetshi, que consiguió aferrarlo por el cuello y le clavó los dientes en la garganta. Continuó asido a su presa, mordiendo cada vez más hondo, como si no sintiera la daga que Dayuki le hundía una y otra vez en un costado. La sangre cubrió la boca de Vinashko, y luego ambos perdieron el equilibrio y cayeron al agua. Mientras seguía la desaforada lucha, los dos hombres fueron arrastrados por la corriente. Se vio emerger una cabeza y luego otra, hasta que ambos desaparecieron para siempre en las espumosas aguas del riachuelo.

Los turanios fueron rechazados hasta la orilla izquierda del arroyo, donde opusieron una breve y dura resistencia. Luego se dispersaron y huyeron hacia el lugar desde donde el príncipe Teyaspa contemplaba la lucha, como en trance. El príncipe se encontraba a la sombra del acantilado, con el pequeño grupo de soldados que Artabán había asignado para su defensa. Por tres veces hizo ademán de sacar su espada, pero Roxana, abrazándolo con fuerza, se lo impidió.

Por su parte, Artabán consiguió librarse del acoso de sus enemigos y se encaminó rápidamente hacia donde estaba Teyaspa. La espada del antiguo almirante del rey Yildiz estaba roja hasta la empuñadura. Su cota de malla estaba rasgada y la sangre chorreaba por debajo de su casco. Tras él avanzaba Conan empuñando su enorme espada con su puño de acero. Cada uno de los golpes destrozaba escudos, hundía cascos y abollaba corazas, atravesando las cotas de malla, la carne y los huesos.

—¡Eh, ustedes, bribones! —rugió el cimmerio en hirkanio con fuerte acento bárbaro—. ¡Quiero tu cabeza, Artabán, y en cuanto a ti, Teyaspa, no debes temer nada, mi apuesto príncipe, pues no te haré daño!

Artabán, que buscaba un lugar por donde huir, observó los huecos de la pared y se dio cuenta del fin con el que habían sido hechos.

—¡Rápido, mi señor! —dijo—. ¡Sube por esos asideros! ¡Yo detendré a los bárbaros mientras tanto!

—¡Sí, de prisa! —exclamó Roxana—. ¡Yo te seguiré!

Pero el fatalismo se agazapaba en el espíritu del príncipe Teyaspa, que se encogió de hombros y, con gesto resignado, dijo:

—No, los dioses no quieren que me siente en el trono. ¡Nadie puede escapar a su destino!

Roxana se echó las manos a la cabeza con una expresión de horror. Artabán envainó su espada y comenzó a ascender por el talud con la agilidad de un marinero. Pero Conan fue tras él, lo agarró por un tobillo y lo hizo caer en medio de un gran estrépito metálico. El hirkanio trató de volverse para repeler el ataque, pero el cimmerio le traspasó el cuerpo con su espada y parte del arma se clavó en el suelo.

Los piratas se acercaron con las espadas chorreando sangre. Teyaspa tendió las manos y dijo:

—Aquí me tienen. Yo soy Teyaspa.

La muchacha se tapó los ojos, temiendo lo peor. Luego reaccionó con la rapidez del rayo y clavó su daga en el corazón del príncipe, que cayó muerto a sus pies. Inmediatamente volvió la hoja contra su propio pecho y se desplomó junto a su amado. La joven, musitando un débil lamento, sostuvo la cabeza del príncipe entre sus brazos, mientras los piratas se reunían a su alrededor, impresionados y sin comprender lo que ocurría.

Un rumor procedente de la parte alta del desfiladero les hizo levantar la cabeza. No eran más que un puñado de hombres exhaustos tras la batalla y con la ropa empapada en agua y sangre.

—Vienen soldados por el desfiladero —dijo Conan—. Vuelvan al túnel.

Los piratas obedecieron con lentitud, como si sólo comprendieran a medias lo que se les decía. Antes que el último de ellos hubiese alcanzado el refugio de la cascada, irrumpió una oleada de hombres procedentes del camino que bajaba del castillo. Conan profirió una maldición y empujó a los piratas que quedaban. Al mirar a su alrededor, vio el desfiladero atestado de hombres armados que llevaban el gorro de piel de los zaporoskos, junto con otros que usaban los turbantes blancos de la guardia imperial de Aghrapur. Uno de estos últimos llevaba como adorno en el turbante algunas plumas de ave del paraíso. Conan reconoció, por ese detalle, entre otros, al general de la guardia imperial, el tercer hombre en la línea de poder del Imperio Turanio.

El general vio a Conan y a la retaguardia de sus piratas, y dio una orden. En el momento en que el bárbaro, que iba último, se internaba a través de la cortina de agua de la cascada, un grupo de turanios se destacó del resto y corrió hacia el arroyo.

Conan ordenó a sus hombres que corrieran. A continuación se volvió hacia la cascada sosteniendo el escudo de un turanio muerto y empuñando su enorme espada.

Uno de los soldados imperiales cruzó la cortina líquida y, antes que tuviera tiempo de gritar, el arma del cimmerio le atravesó el cuello. Su cabeza y su cuerpo cayeron en dirección opuesta por el

saliente rocoso, y luego rodaron hacia la laguna. El segundo guardia imperial tuvo tiempo de asestar un mandoble contra la borrosa figura que se cernía sobre él, pero su espada rebotó contra el escudo del cimmerio. Poco después, el soldado también caía en el arroyo con el cráneo partido en dos.

Entonces se oyeron una serie de gritos, apagados en parte por el rumor de la cascada. Conan se echó a un lado, contra la pared del túnel, y en ese momento una lluvia de flechas traspasó la cortina líquida, estrellándose contra las paredes y el suelo del túnel.

Una mirada hacia atrás indicó a Conan que sus hombres ya se habían perdido en la oscuridad del túnel. Entonces corrió tras ellos, de modo que cuando los guardias irrumpieron nuevamente a través de la cascada, ya no encontraron a nadie allí.

Mientras tanto, en el desfiladero se alzaron voces de sorpresa y espanto cuando los recién llegados se detuvieron ante los cadáveres. El general se arrodilló junto al cuerpo del príncipe y de la muchacha moribunda.

—¡Es el príncipe Teyaspa! —exclamó el general.

—Ya no pueden hacerle nada... —murmuró Roxana—. Yo hubiera hecho de él un rey, pero ustedes le robaron su hombría..., y preferí matarlo...

—¡Yo le traía la corona de Turan! —dijo el general—. Yildiz ha muerto, y el pueblo se sublevará contra su hijo Yezdigerd en cuanto tengan otro soberano a quien seguir.

—¡Es demasiado tarde! —musitó la muchacha, y su oscura cabeza cayó hacia un lado.

Conan corrió túnel arriba mientras escuchaba a sus espaldas el eco de los pasos de los turanios. Allí donde el pasadizo se convertía en una gran chimenea natural flanqueada por las tumbas de la raza olvidada, el cimmerio vio a sus hombres agrupados con aire desconcertado en el fondo del pozo que había más abajo. Algunos observaban la llama que había en el centro de la circunferencia y otros miraban la escalera por la que había bajado.

—¡Regresen al barco! —gritó el cimmerio con las manos haciendo bocina.

Sus gritos resonaron en las negras paredes cilíndricas.

Los piratas comenzaron a salir por las grietas que los comunicaban con el mundo exterior. Conan se volvió nuevamente y se apoyó sobre el borde de la chimenea, justamente al lado de la entrada del túnel. Allí esperó a que los pasos resonaran con más fuerza.

Uno de los soldados de la guardia imperial irrumpió desde el túnel. La espada de Conan volvió a centellear y se clavó en la espalda del hombre atravesándole la malla, la carne y la espina dorsal. El soldado gritó y cayó de cabeza desde el saliente rocoso. El impulso lo llevó más allá de la escalera en espiral, fue a dar en el agujero del cual salía la llama y cayó en él como un corcho en la boca de una botella. La llama se extinguió al instante, dejando el recinto en la penumbra, alumbrado tan sólo por la luz de la abertura que se hallaba en lo alto.

Conan siguió observando la salida del túnel para sorprender al próximo enemigo que entrase. El guardia que llegó a continuación fue mucho más cauto: observó primero y dio un salto hacia atrás en el momento en que Conan intentó asestarle un temible revés con la espada. Luego se oyeron algunas voces y ante el rostro del cimmerio silbó una flecha, que se quebró en la pared rocosa de enfrente.

Conan se volvió e inició un rápido descenso, saltando los escalones de tres en tres. Al llegar al fondo vio a Ivanos, que conducía a los últimos piratas hasta la grieta que había al otro lado de la oquedad, a unos diez pasos de distancia. A la izquierda de esa grieta, y a una altura de unos ocho metros del suelo, se hallaba la boca del túnel, por la que comenzaron a salir soldados turanios, que bajaron precipitadamente por la escalera en espiral. Un par de ellos lanzaron sus flechas contra el cimmerio, pero entre la rapidez de la carrera de éste y la escasa luz que había en el recinto, erraron el blanco.

En el momento en que Conan dejaba atrás la escalera, otro grupo de individuos apareció en escena. Con un sonido chirriante que hizo estremecer hasta a los más valientes, las losas de piedra que cubrían los nichos se abrieron hacia dentro, primero lentamente y luego por docenas. Entonces, los seres que habitaban aquellas tumbas salieron de éstas como un enjambre de larvas sale de sus celdillas. El cimmerio apenas había dado tres pasos hacia la salida, cuando vio bloqueado su camino por aquellos engendros.

Su aspecto era vagamente humano, pero estaban muy pálidos y no tenían pelo; eran delgados y enjutos, como si hubieran estado sometidos a un largo ayuno. Tanto los dedos de sus manos como los de sus pies terminaban en unas enormes garras afiladas. Sus grandes ojos miraban fijamente y sus rostros parecían más de los de un murciélago que los de un ser humano, puesto que tenían orejas enormes, pequeñas narices aplanadas y bocas anchas, que dejaban entrever unos colmillos puntiagudos.

Los primeros en llegar al suelo fueron los que salieron de los nichos inferiores. Pero las filas de arriba también se estaban abriendo, y los monstruos descendían por centenares de las ásperas paredes, ayudándose con sus afiladas garras. Los engendros observaron a los últimos piratas que se disponían a abandonar el pozo. Al tiempo que emitían un chillido intermitente, se abalanzaron con las zarpas extendidas sobre aquellos hombres.

A Conan se le erizó el cabello por el horror que sienten los bárbaros ante la amenaza de lo sobrenatural. Se dio cuenta que aquellos seres eran los temibles brilukas de la leyenda zaporoska unas criaturas que no eran ni hombres, ni bestias, ni demonios sino algo de cada cosa. Su inteligencia casi humana les servía para satisfacer su necesidad bestial de sangre, en tanto que sus poderes sobrenaturales les permitían sobrevivir encerrados en sus tumbas durante siglos y siglos. Estos seres de las tinieblas habían sido inmovilizados por la llama. Cuando ésta se extinguió, surgieron feroces como siempre y con una infinita avidez de sangre.

Los que alcanzaron el suelo cerca de Conan se abalanzaron sobre él con las garras extendidas. El cimmerio lanzó un rugido inarticulado y trazó grandes círculos a su alrededor con la espada para evitar que se acercaran a sus espaldas. La hoja demostró que aquellos seres tenían entidad material, ya que a uno le cercenó la cabeza, a otro un brazo y hasta cortó a uno de los brilukas por la mitad. A pesar de todo, se amontonaron agitados, mientras de la escalera en espiral se alzaban los gritos de los primeros turanios, a medida que los brilukas saltaban sobre ellos desde arriba o trepaban desde abajo para clavarles las zarpas y los colmillos en la carne.

La escalera quedó cubierta de cuerpos que se retorcían y luchaban, mientras los turanios repelían el ataque. Un grupo compuesto por un soldado y varios brilukas aferrados a él rodó por las escaleras y fue a dar al suelo. La entrada de la habitación estaba abarrotada de brilukas que intentaban perseguir a los hombres de Conan. Pocos segundos antes que pudieran dominarlo también a él, Conan, advirtiendo que de nada le valdría aquella salida hacia el exterior, gritó y echó a correr, pero no hacia donde los brilukas esperaban que lo hiciera. Dio vueltas en zigzag para esquivar a los monstruos y blandió la espada como un remolino fulgurante en la penumbra hasta llegar a la pared situada justamente debajo de la plataforma que formaba la parte superior de la escalera. A sus espaldas quedó un rastro de cuerpos que se retorcían desesperadamente. Las afiladas garras que se tendieron hacia él durante la carrera resbalaron en su cota de malla, pero hicieron jirones sus ropas de tela, produciéndole algunas heridas en brazos y piernas.

Cuando llegó a la pared, Conan dejó caer el escudo a un lado, se colocó la espada entre los dientes y, dando un gran salto en el aire, se aferró al borde inferior de uno de los nichos de la tercera fila, del que ya había salido su terrible morador. Con la agilidad de un mono, el montañés de Cimmeria trepó por la pared utilizando las aberturas de los nichos como apoyo para su ascenso. En cierto momento, cuando su rostro quedó frente a una de las aberturas, un espantoso rostro de

murciélago lo miró con ojos relucientes. El briluka comenzaba a salir de su secular morada, pero el puño de Conan se estrelló contra el sonriente rostro con un crujido de huesos rotos. Luego, sin detenerse a observar los estragos que había causado, el cimmerio siguió ascendiendo.

Debajo de él, otros brilukas treparon por la pared persiguiéndolo. Poco después, Conan se encontraba finalmente en la plataforma superior. Los soldados que habían llegado últimos, al ver lo que ocurría en la habitación, se dieron media vuelta y salieron corriendo a través del túnel. Unos pocos brilukas se encontraban ya en el acceso del pasadizo para perseguir a los soldados cuando Conan llegó a la plataforma.

Se volvieron contra el cimmerio, pero éste cayó sobre ellos como un torbellino. Los cuerpos mutilados cubrían la plataforma a medida que la espada del bárbaro atravesaba la carne blanca e infrahumana. Por un instante, la plataforma quedó libre de monstruos, y Conan echó a correr por el interior del túnel con todas sus fuerzas.

Delante de él corrían algunos vampiros, que perseguían a los guardias imperiales. Conan atacó a los brilukas por detrás, abatió a uno tras otro con su espada, hasta que quedaron todos retorciéndose entre su viscosa sangre blanquecina sobre el suelo rocoso. El cimmerio siguió corriendo hasta que llegó al extremo del túnel, donde el último de los soldados acababa de trasponer la cascada.

Una mirada hacia atrás le indicó a Conan que otro enjambre de brilukas avanzaba hacia él con las garras extendidas. El cimmerio cruzó la cortina de agua, a su vez, y se encontró mirando hacia abajo, en dirección al escenario de la reciente batalla contra los turanios. El general y el resto de su escolta se hallaban abajo, gritando y gesticulando a medida que veían aparecer a través de la cascada a los horrorizados soldados. Cuando apareció Conan detrás del último de éstos, el general gritó:

—¡Es uno de los piratas! ¡Disparen las flechas!

Conan se encontraba ya a mitad de camino por la pendiente. Los que estaban delante de él, y que acababan de alcanzar el suelo del desfiladero, se volvieron para mirarlo. Conan avanzó dando zancadas tan enormes que los arqueros, al calcular mal su velocidad, enviaron una lluvia de flechas que se estrellaron contra las rocas que había detrás de él. Antes que pudieran preparar el segundo ataque, Conan llegó a la grieta que había en los riscos y se deslizó en su interior, lo que de momento lo protegió de las flechas de los turanios que se hallaban cerca del general. Se afirmó entonces de los huecos que había en la pared rocosa y ascendió como un mono. Cuando los turanios pudieron reaccionar y se acercaron a las hendiduras desde donde podían verlo y disparar sobre él, Conan se encontraba ya a unos quince pasos de altura, y continuaba subiendo con rapidez.

Las flechas volvieron a silbar a su alrededor y se estrellaron en la roca. Un par de ellas le dieron en el cuerpo, pero la cota de malla y la distancia a la que se hallaba impidieron que resultara herido. Un dardo fue a darle en una parte del brazo que tenía al descubierto, pero la afilada punta sólo le atravesó superficialmente la piel.

Al tiempo que profería un juramento atroz, Conan se arrancó la flecha y continuó su escalada. La sangre de la herida le empapaba el brazo y le chorreaba por todo el cuerpo. En la siguiente descarga de dardos, el cimmerio estaba a tal altura que las flechas ya no tenían fuerza cuando llegaban hasta él. Una le dio en una bota, pero no pudo traspasar el cuero.

A medida que iba ascendiendo, los turanios se hacían más pequeños allí abajo. Cuando vieron que las flechas ya no le alcanzaban, los soldados dejaron de disparar. El cimmerio pudo oír la discusión que se entabló entre los hombres. El general quería que sus hombres treparan en persecución de Conan, pero los soldados protestaron, diciendo que sería inútil, pues el pirata se limitaría a esperarlos en la parte superior del talud y les cortaría la cabeza a medida que fueran apareciendo. Conan sonrió con aire taciturno.

Entonces llegó a la parte superior del risco. Se sentó jadeando en el borde, con los pies colgando en el aire, y procedió a vendarse las heridas con trozos de sus desgarradas vestiduras. Luego echó un

vistazo a su alrededor, y al mirar por encima de la pared rocosa hacia el valle del río Akrim, vio a unos hirkanios ataviados con pieles de cordero que galopaban a caballo perseguidos por jinetes de brillante malla de acero. Estos últimos eran soldados turanios. Debajo de Conan, los turanios y los zaporoskos se movían como hormigas, y finalmente se encaminaron por la garganta del desfiladero en dirección al castillo, dejando a unos pocos soldados para vigilar, en caso que el bárbaro descendiera por allí.

Poco después, Conan se puso en pie, estiró sus músculos y se volvió para mirar al este, en dirección al mar de Vilayet. Sus agudos ojos divisaron un barco y, haciendo pantalla con una mano, comprobó que se trataba de una galera del ejército turanio, que se alejaba de la cala en la que Artabán había dejado su barco.

—¡Por Crom! —exclamó—. ¡De modo que los muy cobardes han subido a bordo y se marchan sin esperar...!

Se golpeó con un puño la palma de la otra mano y gruñó como un oso enojado. Luego se calmó y se echó a reír. Era de esperar. De todas formas, se estaba cansando de las tierras hirkanias, y todavía había muchos países en el oeste que no conocía.

Conan se dispuso a buscar el abrupto camino que conducía hacia abajo y que le había enseñado el desaparecido Vinashko.

F I N

Título Original: *The Road of the Eagles* © 1955.
Escaneado/Publicado por Conner McLeod.
Revisado y Reeditado por Arácnido.
Revisión 2.